

Aldo Torres Púa

Poesía en la frontera

LA LEGUA CATORCE

Venid, acá, inquilinos. Arde el sol. Es la una.
Dadle aceite a los ejes. Llevad estas espigas
a la legua catorce. Pero, que no se diga
que vuestro atraso es tanto o que la prisa es mucha.

Entre cantos salobres el tiuque apoya y muda
sus arcos de alas lentas. Las ruedas ciegas giran.
En tanto, allá, a lo lejos, detrás del sol caminan
toros, entre la bruma, bramando su ternura.

—Amulai, mi mansún (1)—canciones de tierra adentro
van despertando estrellas por las faldas del cielo,
mientras sangra en los guijos una luna de estío.

El polvo suave ablanda su piel bajo el nocturno.
Venga, patrón. Ya estamos en el vado del río.
No dirá usted: Qué pronto. Ni que tardamos mucho.

(1) —Amulai, mi mansún... De un canto mapuche. Equivale a:
Andando mi buey...

RESONANCIAS

Temprano enciende el pueblo sus luces sensitivas.
Es que la noche llega por senderos ocultos.
Me sacio de un destino de antena siempre viva
o de rueca que labra sus sueños taciturnos.

Encadenado, muerden, mis entrañas, los vientos.
Mis ojos son dos ríos muriendo de horizontes.
Con lo que va quedando de risas y lamentos,
traigo a la luz al hombre que en mi cuerpo se esconde.

Cuando Dios, por las tardes, en su torre solloza.
Esta alma mía, pobre mi dolor solitario,
Sentir que hierde largo el diamante de las cosas
y que mi estampa intensa surge como un arado.

Y ser el leño presa de las propias hogueras.
Pan de mi misma llama, subo en ella a la altura.
Mi corazón ardiendo, derrota mis venas,
en sus latidos algo muere y algo madura.

Vida, ¡oh inesperado relato de uno mismo!
Quiero huir y me dicen que el mundo es un espejo.
No hay más que ir encendiendo los fuegos extinguidos
y desmontar de nuevo los antiguos secretos.